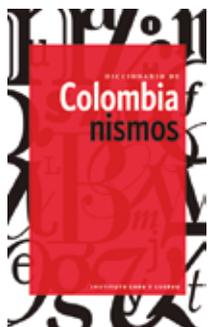


# Entre la unidad y la diferencia

## Diccionario de colombianismos

Carlos Rojas

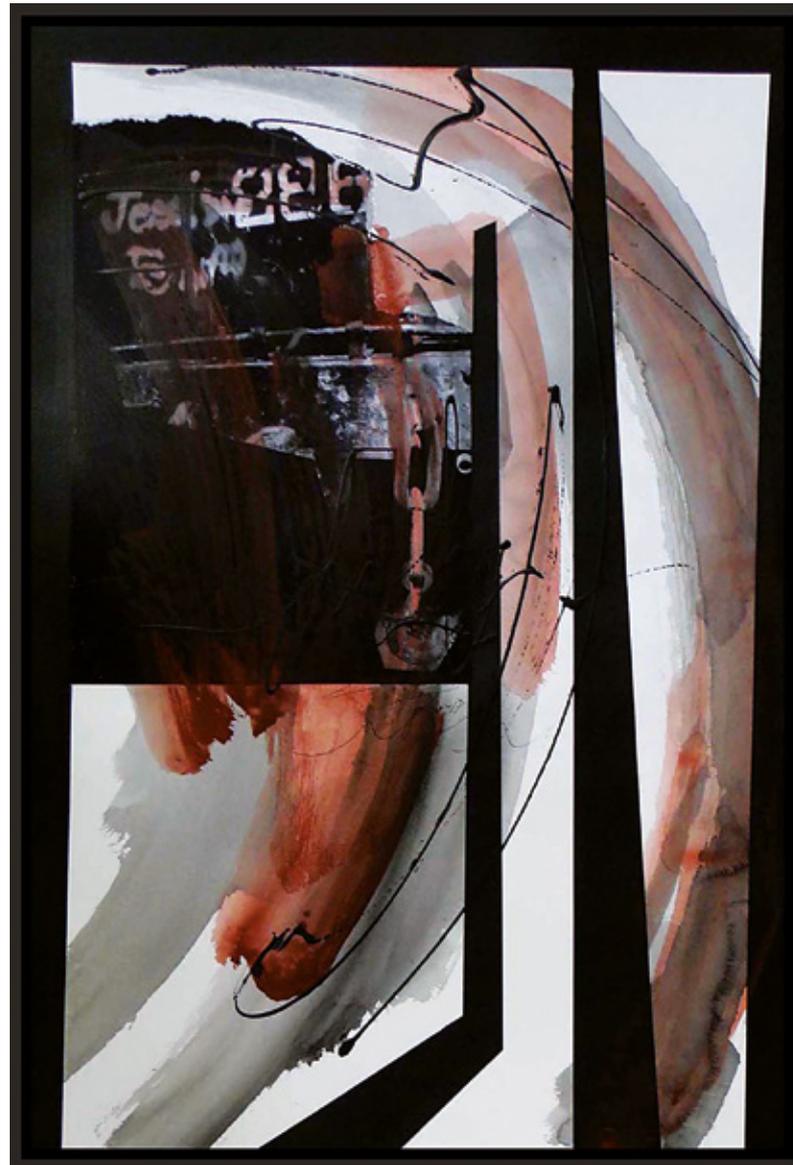


María Clara Henríquez Guarín y Nancy Rozo Melo (coords.). *Diccionario de colombianismos*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 2018, 544 pp.

La situación del español hoy en día es igual a la del árabe y el inglés, lenguas de muchas naciones con una forma literaria común a todas pero con una forma coloquial que varía entre ellas, aunque nunca tanto como para que en la conversación dos de sus hablantes no se entiendan, vengan de donde vengan.

FERNANDO VALLEJO

En el contexto hispano, la definición de Gabriel García Márquez sobre el oficio del lexicógrafo es quizás una de las más lapidarias que se pronunciaron a finales de siglo. Escribió el autor de *Cien años de soledad*: “En realidad, todo diccionario de la lengua empieza a desactualizarse desde antes de ser publicado, y por muchos esfuerzos que hagan sus autores no logran alcan-



Calles

zar las palabras en su carrera hacia el olvido” (1997, x). Este golpe contundente a una labor milenaria –perviven testimonios de nomenclaturas escritas en tablillas–, no señala, sin embargo, una de las principales pulsiones que motivó la redacción de dichas obras: la nostalgia por la palabra: el deseo de recordarlo todo.

Dentro de la diversidad de este género de compilaciones, existe un tipo de vocabulario particular que no aspira a emparejarse con el vér-

tigo del uso y la oralidad, y que prefiere realizar una radiografía de una cultura a través de su lengua: los diccionarios diferenciales o contrastivos, definidos así por los criterios para seleccionar sus artículos o lemas. Este tipo de obra, también llamado regional cuando atiende al criterio geográfico, se encarga de recopilar el léxico característico de una lengua y propio de una determinada comunidad de hablantes. Es el léxico que, por ejemplo, nos permite distinguir en

**La imagen global de esta obra pareciera señalar que todo diccionario regional es una crítica a los nacionalismos y al mismo tiempo un intento por reivindicarlos. Escribir y reescribir diccionarios como el elaborado por el Instituto Caro y Cuervo significa, así, una oportunidad para conservar una tradición cuestionándola, una manera de reinventarnos en la lengua compartida.**

palabras como *cana* (argentinismo) y *tambo* (mexicanismo), formas diferentes para referirse a una cárcel.

En 2018, el Instituto Caro y Cuervo publica el *Diccionario de colombianismos*, una obra diferencial que compila cerca de ocho mil palabras, propias de cada una de las 10 regiones lingüísticas de Colombia, y que muestra una continuidad con el *Breve diccionario de colombianismos* (1975), a cargo de la Academia Colombiana de la Lengua, y el *Nuevo diccionario de americanismos* (1993) de Günther Haensch y Reinhold Werner, ambos vinculados con la tradición fundada, históricamente, en 1884 por José Rufino Cuervo y su monumental *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*.

Una de las principales virtudes del *Diccionario de colombianismos* se encuentra, sin lugar a dudas, en su confección, en el trabajo microscópico con la lengua. Cada palabra es acompañada de marcas que destacan el uso de cada término (aspectos pragmáticos, gramaticales o relativos al uso propio de una región: caribeño, amazónico, nariñense, entre otras), de una definición parafrástica, de un ejemplo tomado de alguna fuente escrita y de un catálogo, estrategia de remisiones característica de María Moliner por medio de la cual el lector establece asociaciones entre palabras y genera campos semánticos.

Por lo que se refiere a la documentación, conviene resaltar que el equipo lexicográfico ha tomado una decisión metodológica cada vez más pertinente: utilizar los motores de búsqueda, sobre todo Google, como índices para el análisis de la frecuencia o el uso de un término. Encontrar casos para dar testimonio de una forma léxica, cuyo criterio no se base únicamente en la propia competencia cultural de los autores, siempre supone varios problemas: no toda la lengua oral y coloquial pasa con la misma frecuencia al plano de la escritura; el registro soez o pudibundo, por mencionar solo algunos de los casos que evidencian mayor riqueza e inventiva, tiende a reservarse a la inmediatez o a la intimidad, lo cual dificulta su registro; a ello podría añadirse que existen, igualmente, formas cuya ortografía no ha sido determinada (en México contamos con el caso del adverbio “ahi”, ratificado por la Academia Mexicana como válido cuando expresamos permanencia: “ahi la llevo”; conclusión: “ahi muere”, o aproximación: “por ahi de las nueve”, y que no se refiere a sus parónimos *ay*, *ahí*, *hay*, ni al antioqueño *ái*, que, en la intensa biografía de Rufino José Cuervo, Fernando Vallejo ejemplifica con un “quitate de *ái*, *mocoso*”).

Asimismo, esta obra renuncia a la pretensión de explicar o definir el significado de una palabra particu-

lar de una región por un sinónimo más general o de dominio común, hábito bastante extendido en los diccionarios de americanismos realizados desde Europa. En lugar de ello, los lexicógrafos colombianos se apoyan en predicados de mayor extensión que abundan en matices y precisiones. *Caramear*, por ejemplo, se define como: “*inf.* Engañar a alguien con falsas expectativas sobre un asunto que le interesa, pero que es inviable e irresoluble. *La administración se ha dedicado a caramear a la hinchada con la búsqueda de un delantero goleador que no vislumbra tampoco en las inferiores.* (WEB) ~ caramelo: dar ~.” En México, nosotros expresamos la ilusión pérfida a cuentagotas y decimos “dar atole con el dedo”.

En términos de función cultural, este tipo de léxicos contribuye a la reconfiguración del imaginario lingüístico hispanohablante. (En buena parte de los diccionarios de lengua que circulan de manera física o digital, la creencia de que existe una forma correcta para utilizar una palabra continúa siendo vigente. Lo que no está en el diccionario no existe o representa una forma desaprobada o coloquial, carente de validez. Así, este ejercicio de micropoder, de microscópicos procesos de censura y legitimación [“se dice así”, “dícese de”], encuentran en las obras diferenciales a uno de sus interlocutores más críticos.)

Ahora bien, los diccionarios interesados por consignar regionalismos enfrentan retos muy específicos. Como señala el equipo de redactores y lexicógrafos, coordinados por las académicas María Clara Henríquez Guarín y Nancy Roza Melo, la propuesta de este diccionario diferencial implica recoger términos propios de Colombia que no sean utilizados en España. Este desmarque peninsular ha sido cuestionado de maneras muy brillantes (Lara, Ávila, Zimmerman, Rona). Desde esta óptica, pareciera

ra que la estrategia del regionalismo funcionase no para el estudio de las particularidades, sino para la ratificación de que existe un registro que se “desvía” de la norma o de una supuesta homogeneidad en la lengua.

Paradójicamente, la unidad de la lengua se percibe más en los diccionarios que buscan exaltar sus diferencias que en los que presuntamente representan al idioma que compartimos más de quinientos millones de hispanohablantes en el mundo. En esta obra, por ejemplo, lemas como *dar cátedra*, *chambón*, *trebejo*, *obra gris*, *empanada*, *entumido* e incluso *equis*, con el sentido de desconocido, son registradas como colombianismos, aunque también formen parte de la vida cotidiana de México, y es probable que de más países latinoamericanos. En ese sentido, estas obras cuestionan la línea de la lexicografía prescriptiva que tuvo por décadas como referente al modelo de la Real Academia Española, institución que cada vez comienza a indicar más en el *Diccionario de la lengua española* la inclusión de españolismos como zumo, ordenador, entresuelo, judías verdes (algunas con toda seguridad son compartidas con otras regiones).

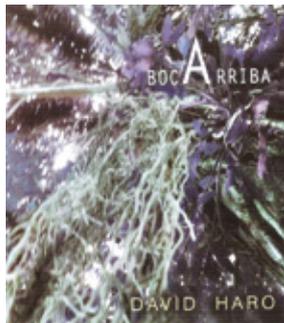
En suma, la imagen global de esta obra pareciera señalar que todo diccionario regional es una crítica a los nacionalismos y al mismo tiempo un intento por reivindicarlos. Escribir y reescribir diccionarios como el elaborado por el Instituto Caro y Cuervo significa, así, una oportunidad para conservar una tradición cuestionándola, una manera de reinventarnos en la lengua compartida asumiendo una postura que celebre la diversidad. **LPyH**

**Carlos Rojas** es licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas y maestro en Estudios de la Cultura y la Comunicación, ambos programas de la UV.

## Mirar el mundo bocaArriba:

Trova

Raúl Eduardo González



David Haro. *BocaArriba*. Disco compacto (CDFL-1787). México, Fonarte Latino/Cerdo Montés, 2018.

Con la compleja diafanidad de su voz y su poesía, David Haro nos entrega su disco *bocaArriba*, 16 canciones en las que la guitarra y la voz del cantautor jaltipaneco e íntimamente universal dialogan con la poesía de Sabines, Alcocer, Belli y Patraca. El álbum cuenta con los espléndidos arreglos de José Luis Martínez Navarrete (quien asimismo toca el piano y el acordeón) y con los destacados músicos Armando Correa (en la ejecución de un bajo de precisión cardinal) y Jesús Méndez (en las no menos precisas percusiones). Todos, bajo la dirección de Guillermo Zapata, cuyo encuentro con David debemos considerar como uno de los grandes sucesos de nuestra música popular, pues la sonoridad que alcanza el conjunto obra siempre en bien de las canciones. Así, los oyentes podemos recuperar y forjar mil imágenes en la evocación de los versos y los sonidos que se entretajan y visten la voz del cantor, que con su sola transparencia (compleja, lo he dicho) y con la prodigiosa armonía y puntualidad de su guitarra ya dice

muchísimo, pero que en *bocaArriba* sostiene un afortunado diálogo con una tríada de instrumentos cuyo rigor y fundamento provocan la sensación de una orquesta, que colora de bolero, son, danzón y fandango este ramo de canciones.

Algo análogo a ese efecto multiplicador sucede con los versos de David Haro, quien sabe que para decir mucho basta poco, que la tarea fundamental de la canción no está en quien la canta, sino en quien la escucha, y con ello ha procurado la precisión del verso, que diga lo justo, pero, sobre todo, que provoque:

Busqué en su forma precisa,  
como un vulgar soñador,  
no lastimar a la flor  
ni deshojar su sonrisa.

Así dice en su canción “Olivia”, y esta impecable redondilla nos revela una poética y una forma de estar en el mundo, en pos de una belleza encontrada y compartida, no impuesta: la flor es bella porque podemos contemplarla; al arrancarla, ha de morir no sólo la flor misma, sino también nuestra posibilidad de apreciar la honda fuerza que late en la apariencia de su fragilidad. Así, en la voz que se escapa podemos descubrir la maravillosa fuerza de la poesía, en la claridad que comparte con la flor, con el arroyo, con el enamoramiento, con “tantas cosas que empiezan / y acaso acaban como un juego”, como bien lo dice David en “Y acaso”.

Siempre con el ánimo de invitar y provocar, en este nuevo disco David Haro nos incita a mirar el mundo *bocaArriba*, para ponernos en los zapatos del otro que anda también por nuestro barrio, por nuestro mundo, como “El borracho de Moisés”, quien “se gastó todo en el bar” y

En el puente del peatón,  
ahí dejó su corazón,  
la ciudad sin negociar su ardor.  
Bocarrriba y contra el sol (“Bocarrriba”)